

El chino Zung

Aché Aché Daniel Benjamin

1ª Edición: Diciembre 2014

®El chino Zung

Email: acheachedb@gmail.com

 : Aché Aché Daniel Benjamin

 : @ache_daniel

Caracas; Katanga Bolivarian, Petroleum & Bananera Republic.

®Copyright 2014. Permitida su más amplia divulgación a todos sus contactos y más allá. Prohibido separar el nombre del autor del texto en cualquier idioma: desde el afgano hasta el zulú. O suplantar el nombre del autor por otro.

Un amanecer subtropical en los días finales de una primavera poco fría, más de lo habitual, en los arrozales del delta del río Zhū Jiāng, el tiempo ya presagiaba un verano caluroso. El caudaloso río de las Perlas, llamado así por los portugueses que llegaron a la provincia de Cantón (Guǎngzhōu) en 1511, se precipita desde las altas montañas del Tíbet, por las llanuras interioranas de China, hasta abrasarse con el mar de la China meridional, originando su desparrame y la formación de infinitos caños. La fisiografía de esas marismas es la base de una geografía cultural dominada por campos de arrozales con una extensión sin fin y el emplazamiento de una próspera ciudad, cuya antigüedad data de 214 A/C, mantiene un intenso comercio con Hong Kong y Taiwán.

Esos paisajes de ciénagas, lagunas, esteros, bancos e islas es la geografía entrañable de los Zung, una extensa familia de 12 hembras y 1 varón, dedicada al cultivo de arrozales, desde tiempos inmemoriales, que venden en la ciudad de Cantón. Días tras día, la cotidianidad de tan cuantiosa familia era la siembra, acopio y cosecha de arroz, dividido el trabajo por igual para toda la familia, a excepción de la madre dedicada a las labores del hogar y, los hombres, el padre y el único hijo, además, del transporte al mercado principal de Cantón y la puja por un precio justo, la más ardua de las tareas.

Fulāngxīsikē Zung (en español Francisco Zung), el único varón, su nombre rememoraba a San Francisco de Javier, jesuita, uno de los fundadores del cristianismo en el sur de China, a mediados del siglo XVI. Devotos católicos, los Zung profesaban la fe en Jesucristo, y lo nombraban como su único Salvador, fervorosos cristianos, asistentes puntuales de las misas dominicales y dadores generosos del diezmo.

Esa ajetreada, pero en el fondo tranquila vida cotidiana, un mal día se vio alterada, se avizoraba una tormenta, pero no de origen natural, sino a lo Victor Hugo, de miserias humanas. Fulāng como se le llamaba cariñosamente, con actitud nerviosa llama a sus hermanas, desperdigadas por los arrozales, las convocaba de urgencia a la casa, el padre se hallaba en Cantón desde hace dos días. Corría un lunes de la segunda quincena de mayo de 1950. Ese comportamiento se justificaba porque en ese mes se declara la República Popular China. Mao Tse Tung, comunista, ateo y pro-soviético, derrota al ejército de la república nacionalista China, liderado por Chiang Kai Chek, que instala en la isla de Taiwán el gobierno nacionalista. El padre de Fulāng era ferviente seguidor del Gran Líder nacionalista, más que por razones políticas, porque representaba para él un refugio de la Iglesia Católica, amenazada ahora con las prédicas de los comunistas.

La vida de los Zung se les fue poniendo de cuadritos, las expropiaciones primero, los controles de los precios del arroz, la obligación de venderle al gobierno y la persecución de los cristianos

hizo insoportable su vida en Cantón. Un buen día deciden marcharse hacia la República Nacionalista de Taiwán. Reúnen todos su ahorros y compran los puestos en una barcaza para ellos y sus pertenencias. No eran los únicos pasajeros, un "enjambre" de chinos apilados, encalambrados por la escasa movilidad se delineaban como un mal presagio, en ese mar del Sur de la China, tan agitado, tan transitado por tifones, tormentas y mitos milenarios de naufragios. No obstante, a pesar de los nubarrones, chubascos y oleaje agitado, el mar se tragó sólo a una docena de peregrinos. Al cuarto día, llegan a las costas de Taiwán, hambrientos, sedientos, harapientos y lo peor, con un extrañamiento por el continente, los caños y marismas y el arrozal. Una vez instalados como refugiados en Chang-Hua, Fulāng con el poco dinero que le sobraba de un trabajo en semi-esclavitud, se dirigía a la gran metrópolis Taipei, y disfrutaba de sus encantos, muy especialmente el juego en el casino. Cada vez deja su vida a que el azar lo decida, hasta que pierde todo y deja una deuda bien subida de tono. Fulāng comienza una vida escabulléndose, de tugurio en tugurio, esquivando a los espalderos que husmean como sabuesos. Una de esas escapadas lo llevan al puerto de Taipei, y observa un enorme buque atracado en uno de los espigones, y el comentario muy generalizado indica que va para América. Fulāng se imagina en tierras incógnitas lejos del alcance de la mafia china. En un preciso momento, de esos que llamamos uno en un millón, encuentra la oportunidad de entrar como polizón y busca el escondrijo más

recóndito, y allí se acomoda con su poco bastimento de agua y pan. Al siguiente día, al mediodía, se inician todas las labores de zarpada y el buque deja atrás, lentamente el paisaje de la isla de Taiwán hasta que difusamente deja de verse.

Fulāng fue llevando su nueva vida con estoicismo, era un reo de su voluntad y su vicio, su vida de polizón era muy incómoda, por la estrechez del alojamiento; lo más difícil era deshacerse de sus efluvios y muy particularmente de la excreta, que por su particular olor podía delatarlo, pero consiguió con esfuerzo y disciplina hacerlo a las tres de la madrugada, cuando el ir y venir de la tripulación se reducía. A los 47 días de navegación el buque divisa al Puerto de Ciudad del Cabo, en el extremo sur de África, atraca para el mantenimiento y los servicios menores durante dos días. El capitán es visitado por un representante de la Asociación Mundial China para explicarle los asuntos de rutina del embarque de mercaderías para el comercio de la diáspora y además, le informa que hay un prófugo de la Asociación Mundial China del cual hay sospecha que anda de polizón en un buque. El capitán toma debida nota de los recaudos, y se compromete en informar si sabe de alguna novedad. El buque zarpa de Ciudad del Cabo rumbo a América.

A los 12 días de surcar el océano Atlántico sur, Fulāng no aguanta unos retorcijones que lo llevan a romper la rutina de la madrugada, y

ese día, a las 16 horas excreta de manera abundante y apestosa, inmediatamente llama la atención de un grumete, que al revisar lo encuentra arrinconado y con cara de "yo no fui". Lo reporta al capitán. Cuando el capitán lo observa tiene delante de sí a un ser esquelético y deshidratado. Al recordar las palabras del representante de la Asociación Mundial China, no hace más que increpar "maldición por qué a mí". Le dicta una orden al grumete para que el polizón se asee y lo ponga a la orden del supervisor de servicios.

La cocina tenía una baja por enfermedad de un ayudante, Fulāng fue destinado a la cocina pero bajo vigilancia. En la cocina se destaca por su pericia en la preparación de condumios cantoneses que hacen las delicias de la tripulación. Las delicias de Fulāng fueron relajando el recelo contra el polizón, ya formaba parte de los tertulianos, y su historia, compartida por buena parte de la tripulación, a escondidas le hacían gestos de solidaridad. A los 11 días se divisa tierra, es la isla de Barbados, aunque el capitán no tiene previsto atracar en Bridgestown, piensa entrar en contacto con la Asociación Mundial China y entregarle el fugitivo. Fulāng no lo piensa mucho, al igual que los más íntimos solidarios y con un salvavidas se hace a la mar, para ver si un golpe de azar de nuevo lo toca. Dicho y hecho, ¡hombre a la mar!, el capitán absorto no le queda de otra que abortar el ataque a puerto, y sigue su rumbo hacia New York.

Fulāng, buen nadador, como hombre de costa, pero una cosa bien distinta es flotar en medio de la vastedad del océano y lo insignificante de un ser humano cuando está tan sólo, no le queda más que encomendarse a San Francisco de Javier y a Dios. A las nueve horas de estar insolado, deshidratado y agotado divisa un buque de bandera norteamericana cuyo capitán da la orden de salvamento, es un tanquero de petróleo cuyo destino son los muelles de Port Spain, Trinidad & Tobago, que surten de hidrocarburo a los buque-tanques. Una vez en cubierta es trasladado a enfermería para su hidratación, y posteriormente lo aborda el personal de seguridad. Le informan en un inglés que solo logra entender un poco por las señas, que se dirigen a Port Spain, y allí lo entregarán a las autoridades.

En un frío calabozo de la cárcel de Port Spain, a la espera de los encargados de carearlo y entrevistarlo, Fulāng ve pasar los días. En la audiencia Fulāng se declara ciudadano de Taiwán, país con el cual Trinidad & Tobago no mantiene relaciones, lo que dificulta su repatriación. A los 37 días de estar detenido, es dejado en libertad bajo condiciones, y Fulāng sale a la calle sin un céntimo en sus bolsillos. Logra conseguir trabajo de caletero en las inmediaciones del puerto, su paga le alcanza apenas para la comida y pagar un cuchitril donde duermen siete personas más. El trabajo de caletero en las inmediaciones del puerto lo lleva a tener contacto con personas que

llevan contrabando para el Delta Amacuro, Venezuela. Le dibujan una escena ideal, que en Venezuela dejará de estar bajo libertad condicionada y podrá conseguir trabajos mejores. Un buen día decide arriesgarse, el sabe que si las autoridades trinitarias lo sorprenden en esas lides ingresará al calabozo sin derechos. Pero aún así, prefiere de nuevo dejárselo a un golpe de azar. Efectivamente, con pocos de sus ahorros logra comprar un puesto en un buque de madera que la tripulación llama peñero, y que realiza viajes con contrabando de todo tipo de mercaderías hacia la ciudad de Tucupita. El capitán-dueño de la embarcación, de nombre Asterio, comienza a tratar de conversar con el chino que no le entiende ni una palabra. Surcan la bocas de Dragón y La Serpiente, el peñero se alzaba hacia la cresta de las olas y luego se deslizaba tres o más metros ola abajo, el chino pensó que hasta allí le acompañaba el azar, pero Asterio, hombre habituado a estas faenas, se burla del chino, pero no por maldad, sino por un exceso de confianza que caracteriza a la generalidad de los venezolanos, lo que lo hace fortificar lentamente lazos de amistad que va sintiendo hacia el chino, como él le llama. Al concluir la resaca del oleaje, se divisan los caños del delta del Orinoco, por uno de los cuales se adentra el peñero, río arriba, buscando el puerto de Tucupita donde se negocia la mercadería.

Ya desalojada la bodega de la embarcación, Asterio, el capitán, le pregunta a Fulāng: "Mira, chino, pa' donde carajo vas a ir tu, vente

conmigo así me ayudas y te ganas una platica". Fulāng solo entendió el lenguaje de señas y aceptó acompañarles. El capitán Asterio había comprado en el mercado de Tucupita una caja de aguardiente de caña de azúcar, que le llaman caña clara. Rumbo a su casa, caño arriba, la tribulación bebía a montones, y entre conversación y tragos se entrelazaban lazos de caña, que en Venezuela según un decir, esos lazos de caña son más grande que los lazos de sangre. Cuando llegan a Coporito, lugar donde el Capitán Asterio ejerce su cacicazgo, bajan del peñero unidos en un abrazo, ebrios, uno habla en español y otro en cantonés, pero ambos solo entendían el lenguaje de la amistad. "Coño chino, te quedas con nosotros y nos ayuda con la siembra del arroz". Fulāng al ver los arrozales y los caños se sintió de nuevo en el delta del río Zhū Jiāng, y enormes lagrimones le brotan de los ojos, y lo poco que atinaba pronunciar en español era "Mao Tse Tung malo".

Fulāng rápidamente acogía con agrado las muestras de amistad de la numerosa parentela del capitán Asterio, y su integración al trabajo del campo que le asignaron, fueron hechos que engrandecieron la amistad. Fulāng ya compenetrado con la vida de la familia del capitán Asterio, comienza a fijarse en una de las muchachas, bien hermosa y dotada por la naturaleza, que despertaba sus instintos varoniles y le provocaba sueños intranquilos. Un buen día, que el capitán Asterio estaba de negocios en Port Spain, Fulāng siente el llamado del

cuerpo, y la muchacha, que intuía la atracción que inspiraba en el chino, se dejaron llevar de la mano de las pasiones, y toda las tres semanas de ausencia del capitán, fueron semanas entregadas al reclamo de las fogosidades. La falta de la menstruación, semanas después, es el primer indicador que el producto de las pasiones ya se había concebido. El pueblo, que es chiquito, y el chisme que tiene patas ligeras, hacen que el capitán se entere en un día de celebración del negocio consumado, bien escanciado de licor y parrilla. El capitán montó en cólera, desenvainó su machete liniero y se fue a la búsqueda del chino: "¡Coño!, ese es un chino cumbiambero". El chino advertido de que le buscaban para vengar la honra, toma la muchacha y se va continente adentro, dejando atrás, de nuevo, su entrañable paisaje de caños y marismas.

En su correría continente adentro, el azar lo lleve a un lugar de la Venezuela profunda, descrito por Miguel Otero Silva en su novela *Oficina Nº 1* "como un paraje en ruinas lastimado por el sol inclemente, el desamparo y el olvido". Allí fue a dar con su humanidad, su mujer y su primera hija a punto de nacer. En un paisaje de matorrales dominado por las especies de fanerógamas, coloca las primeras fundaciones de lo que sería posteriormente su hogar. En esos montarrascales indomesticables donde solo personas visionarias y perseverantes son capaces de ver un mundo mejor, y Fulāng era de esa estirpe. Un golpe de azar lo lleva a fundar una

fábrica de pan que se hace referencia de la región. Ella es el instrumento para levantar una nueva oportunidad, una vida nueva, con una extensa familia, como buen chino, pero pacientemente, con sus subidas y bajadas, sus penurias delante y sus recuerdos detrás, fue labrando una vida dedicada a forjar personas que serán luego hombres y mujeres de bien. Ya en la serenidad que da la sensación de triunfo, decide cerrar una herida abierta que todavía, a pesar de los años transcurridos le rondaba la mente: Dirigirse a la ciudad de Puerto La Cruz para cancelar la deuda adquirida décadas atrás en los casinos de Taiwán. Chino no olvida, ni que le deben ni que debe. Así, en un lapso tan extenso, donde cualquier mortal hecha al olvido una deuda tan añeja, el chino Zung atravesó el portal de la Asociación China y consumó el acto de desprenderse de una deuda no solo monetaria sino también ética, que le llevó a una existencia tan azarosa.

En el ocaso de su existencia, al momento del balance, la nostalgia le lleva a tratar de explicar su vida a través de sucesivos golpes del azar, sin embargo, una voz interior le reclama que no busque la justificación de todo lo vivido en lances de la suerte, sino en la mano extendida de Dios, a quien fue encomendado por sus padres. Y con la certeza de saber que se cumplió lo encomendado, concluye que la vida vale la pena vivirla a pesar de sus avatares. Una tarde

crepuscular de gran belleza, se fue a visitar nuevos parajes. Se acaba el pan del alma, el pan mejor del mundo.